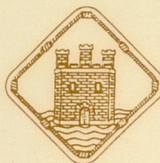


VOLUMEN XVI (2004)

Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XVI
(2004)



Institución de Estudios Complutenses
Alcalá de Henares

ANALES COMPLUTENSES

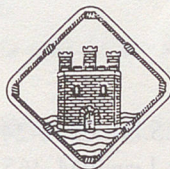


CONSEJO DE REGULACIÓN
CENTRO MEMORIAL DE ALCALÁ DE HENARES

Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XVI

(2004)



Institución de Estudios Complutenses
Alcalá de Henares



ÍNDICE

ACTIVIDAD INSTITUCIONAL

Consejo de Redacción	2
Junta de Gobierno	7
Memoria de Actividades	9
Catálogo de Publicaciones	13
<i>Presentación</i>	19

ESTUDIOS

<i>Iconografía de San Diego de Alcalá</i> , por RINCÓN GARCÍA, Wifredo	23
<i>Antiguos enterramientos en el Oratorio de San Felipe Neri de Alcalá de Henares</i> , por ALBA C.O., Ángel	109
<i>¿Quién imprimió "El Avellaneda"?</i> por BARROS CAMPOS, José	151
<i>Las Cofradías: medidas supresoras y controladoras de Carlos III, y su impacto en las hermandades complutenses</i> , por VALLE MARTÍN, José Luis	169
<i>Las elecciones municipales de 1812 en Alcalá de Henares, el primer ayuntamiento democrático complutense</i> , por DE DIEGO PAREJA, Luis Miguel	201
<i>Los últimos catedráticos de la Universidad de Alcalá</i> , por ÁLVAREZ DE MORALES, Antonio	219
<i>El mito de la Universidad de Alcalá y su pretendida restauración en 1867</i> , por ÁLVAREZ DE MORALES, Antonio	235
<i>La renovación del antiguo caserío de la calle Mayor de Alcalá en el siglo XIX</i> , por LLULL PEÑALBA, Josué	243
<i>Sergio Real, industrial molinero alcalaíno de principios del siglo XX</i> , por GARCÍA LLEDÓ, J. Alberto	275
<i>Documentos de interés para Alcalá de Henares en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 7.300-7.323)</i> , por BALLESTEROS TORRES, Pedro	283

La biblioteca de Don Juan Tomás Baraona Chumacero, catedrático de vísperas de cánones en la Universidad de Alcalá de Henares, por BARRIO MOYA, José Luis 341

RESEÑAS

Guía turística de Tielmes, de Jesús Antonio de la Torre, por Luis Miguel DE DIEGO PAREJA 367

Villalbilla y Los Hueros, historia de dos villas castellanas. Tomo I: desde los orígenes a la anexión (1882), de M. Vicente Sánchez Moltó y María Rosa Fernández Peña, por Luis Miguel DE DIEGO PAREJA 368

Tres siglos de prensa en Alcalá, 1706-2004, de M. Vicente Sánchez Moltó y José Félix Huerta Velayos, por Luis Miguel DE DIEGO PAREJA 370

Sonatas complutenses, de José César Álvarez, por Jesús FERNÁNDEZ MAJOLERO 372

Cómplices del 7º sueño (el afiche y su aventura), de Theófilo Acedo, por Federico GUERRERO 375

Palacios y casonas del Castilla-La Mancha, de Antonio Herrera Casado, por Francisco Javier GARCÍA GUTIÉRREZ 378

Plazas Mayores y Ayuntamientos de Castilla-La Mancha, de Antonio Herrera Casado, por Francisco Javier GARCÍA GUTIÉRREZ 379

Río Henares Abajo, de Arsenio E. Lope Huerta y Jesús Pajares Ortega, por Francisco Javier GARCÍA GUTIÉRREZ 380

La cuna y la sepultura de Cervantes (días castellanos), de John Milton Hay, por Francisco Javier GARCÍA GUTIÉRREZ 382

NORMAS DE COLABORADORES 385

SERGIO REAL, INDUSTRIAL MOLINERO ALCALAINO DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

J. Alberto García Lledó

Institución de Estudios Complutenses

RESUMEN: Se presenta la vida de Don Sergio Real Hernández, maestro molinero nacido en 1868, fundador de una de las primeras industrias modernas alcalainas. Se contrasta su biografía como fiel reflejo de la evolución histórica de la industria harinera española en los finales del siglo XIX y principios del XX, momento en el que sucede su modernización. En ese periodo, y amparada sobre todo en los cambios debidos a la primera guerra mundial, se produce una marcada renovación tecnológica del sector, y también un cambio en el concepto del comercio de la harina. Junto con estos datos se aporta la cronología y motivos de la fundación de la fábrica de harinas “la Esperanza”, incluida recientemente en el catálogo de Patrimonio Industrial del Estado.

La molinería es la industria más antigua de transformación de los alimentos. En la historia se la conoce ligada al poder de señores y monasterios, pero desde el punto de vista de la tecnología permaneció aún más años sometida a la tiranía de Eolo y de las aguas. Los molinos existían allá donde soplaba el viento o junto a los cauces de los ríos, dependiente de la energía que uno y otros suministraban y, por tanto, con una producción fluctuante y limitada. Cuando no se disponía de esos

recursos energéticos, eran los molinos a sangre, movidos por la fuerza animal, los que permitían la molturación de los cereales.

Los molinos europeos mantuvieron hasta el siglo XVIII una estructura similar a la diseñada por Vitrubio¹. Los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX marcaron el comienzo de la época tecnológica en la historia de la alimentación, en la que se desarrolló el procesado y envasado de los alimentos para la producción masiva y distribución. Esa transición afectó desde muy temprano a la molinería, y con ella a la industria panadera y de fabricación de pasta. Tras un siglo de ensayos en toda Europa, la industria harinera austrohúngara logró sustituir la muela tradicional por sistemas de rodillos que permitían un trabajo continuo y el refinado progresivo de la harina². El sistema de rodillos proporcionaba una molturación repetida del grano, con lo que la harina obtenida era más y de mayor calidad. Junto él se desarrollaron sistemas de limpieza del grano y de tamizado de la harina, cuyo principal exponente fue el *plansichter* (del alemán, cedazo *-sichter-* plano), que realizaba el trabajo de varios hombres. Estos sistemas llevaron a la molinería húngara a la cabeza de la producción de harina de calidad en Europa, y permitieron el desarrollo de industrias de panadería y pasta, que exigían harinas muy homogéneas y refinadas. Durante los primeros años se mantuvieron como monopolio austrohúngaro hasta que, con los años, el desarrollo de sistemas similares en otros países condujo a que las fábricas del imperio, fundamentalmente la Bühler y Daverio, Henrici & cie., pusieran a la venta su maquinaria por toda Europa y dominaran ese mercado.

El sistema de rodillos se implanta en España por vez primera en 1879 en Mallorca, en la Harinera Balear, y de forma más significativa, por su tamaño, en la Sociedad Villarroya y Castellano hacia 1880, en Aragón³. En 1888 hay casi medio centenar de fábricas en España con ese sistema⁴. A pesar de ello, los molineros españoles son reacios al cambio de sistema. En una de las provincias con mayor desarrollo industrial, Madrid, los molinos tradicionales suponen aún en el año 1900 el 71% de la producción⁵. Se mantiene además la contrata tradicional del trabajo bajo la fórmula de la maquila, en la que el molinero muele el trigo de otro por un

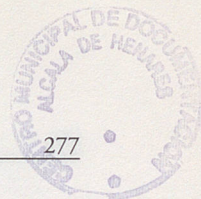
¹ Wenham (1989), pp17-18

² Moreno (1997), pp 213-219

³ Zubero (1994), pp. 75-94.

⁴ Estudios sobre la Exposición Universal de Barcelona (1889), p 60.

⁵ Moreno, (1990), pp 523-541



porcentaje del producto final, sin establecer propiamente una producción industrial. En la mayor parte de los casos lo que sucede en los molinos son renovaciones parciales de maquinaria, con sistemas mixtos de rodillos y muelas tradicionales y muchas veces movidos por las energías tradicionales. Eso hace que se trate de fábricas pequeñas, en las que el sistema de rodillos es poco rentable.

Será necesario que avance más el siglo XX para que suceda una transformación real de la molinería en una industria moderna, en buena parte de la mano del ferrocarril y la energía eléctrica. Ese desarrollo se aceleró en la España neutral de la primera gran guerra, empujado por la demanda de alimentos de los países contendientes. En el interior de Castilla, ese crecimiento fue aún mayor. La guerra mundial limitó la llegada de grano desde los puertos rusos del Mediterráneo a los puertos de Barcelona y Valencia, que concentraban una enorme industria harinera, y esa reducción de la capacidad de las ciudades costeras benefició la producción basada en el trigo castellano⁵. A la luz de ese dinamismo surge entre los industriales molineros la conciencia de ser un grupo pionero en el desarrollo económico e industrial, como lo ponen de manifiesto diversas publicaciones gremiales; a destacar entre ellas la revista "Molinería y Panadería", fundada en 1906 por Federico Montagud, y que aún se publica en nuestros días.

Esta historia de la transformación de la molinería en España se ilustra, de forma asombrosamente exacta, en la persona de Sergio Real, vecino de Alcalá de Henares desde 1886 hasta la fecha de su muerte, en 1933. Don Sergio Real Hernández nació en Medina de Rioseco en 1868. Cualquiera que conozca esa ciudad vallisoletana puede comprender su relación con la molinería: se encuentra enclavada en un mar de trigales que es una de sus fuentes principales de riqueza. En su hoja militar consta como jornalero y soltero en el año 1886. Se trasladó por vez primera a Alcalá en 1888, en donde pasó su revista militar anual. En 1889 aparece como maestro molinero en un documento firmado en Guadalajara, en el que se contrata la explotación de un molino propiedad de Felipe Mora. Volvió pocos meses después a tierras de Valladolid, a Villabrágima, para contraer matrimonio con Doña Catalina Torrado. Con ella tuvo 6 hijos: Ángel, Cecilia, Rosario, Lorenzo, Juliana y Nicolás, todos ellos alcalalinos y la segunda de ellos fallecida de forma prematura.

Regresó a Alcalá en 1901, donde permaneció hasta 1905. Durante ese tiempo trabajó en el molino del Borgoñón, también llamado la fábrica del Colegio, propiedad

entonces de Lucas del Campo, diputado provincial de Alcalá y Chinchón. En 1905 se trasladó a Navalcarnero como maestro molinero de la fábrica la Aurora. Se trataba de una fábrica de traza moderna y grandes dimensiones, de tres plantas, a la que llegaba una vía de ferrocarril que permitía el transporte del grano y de la harina. Desde 1905 hasta 1910 dirigió no sólo la producción, sino también el desarrollo de la fábrica, que contaba con los sistemas más modernos de la época, montados por Rodolfo Schatzmann y basados en el sistema de rodillos de Daverio. La ausencia de los dueños de la fábrica, Rodríguez y Gancedo, empresarios de paños de Madrid, le obligó a mantener correspondencia frecuente con los fabricantes y proveedores de la maquinaria. Mantuvo también intensa relación con otros industriales harineros de España. Ello le hizo participar en la creación del Montepío Nacional de Molineros junto con Federico Montagud, fundador en Barcelona de la revista Molinería y Panadería. El borrador de una hermosa carta dirigida a éste, en febrero de 1910, dice así:

“Ahora voy a permitirme una idea sobre nuestro progreso y porvenir por si a V. le pareciera oportuna y realizable, contando con que siempre fuera V. su digno director.

Podríamos abrir una suscripción Nacional de Molineros (tachado: pero molineros, no de fabricantes) con el fin de construir una fábrica de harinas que sería muy discutida entre los hombres más prestigiosos del oficio dónde y cómo había de ser para poderla contar como escuela práctica de molinería al mismo tiempo que teórica, cosa que no contamos en España.

Esa sería la verdadera iniciativa de los hombres, porque así todo cuanto se ha discutido y pueda discutirse sobre la mejor o peor elaboración de harinas nos encontraríamos en condiciones de poder demostrar prácticamente todo aquello que sostenemos o podamos sostener teóricamente, que yo creo que una cosa es hablar y otra practicar, y sobre todo tendríamos una plaza que se tomaría por concurso y estaría constantemente abierto bajo este punto de vista donde se tomarán y se dictarán lecciones con el fin de conseguir ser todo lo ilustrados que se necesita en una industria tan importante como ésta.”

Prosigue la carta con la propuesta de emisión de acciones de la fábrica-escuela entre los molineros, y de que sean sus beneficios los que sustenten el Montepío

Nacional de Molineros. Desgraciadamente, los deseos de aquella carta no se vieron cumplidos, y sólo 7 años después se creaba la primera escuela de molinería en Madrid, gestionada por la empresa de maquinaria Bühler, a su vez un año después de la erección de la fábrica de Don Sergio en Alcalá, nacida como respuesta a sus inquietudes de avance industrial.

La correspondencia nos muestra un conflicto entre el maestro molinero y los propietarios de la fábrica de Navalcarnero desde los primeros meses de 1910, debido a las dificultades que encontraba aquel para dirigir el desarrollo de la fábrica y controlar a algunos empleados. A raíz de ello comenzó a tener contactos con otros propietarios para alquilar otra fábrica, animado por Don Rodolfo Schatzmann, que le proponía instalarse por su cuenta en incluso le sugería fábricas. Tal vez intervino en la decisión de arrendar en Alcalá el molino de las Armas, propiedad de los herederos del señor García San Antonio, entre ellos Bernardo García Garralón. Antes incluso del arrendamiento, estando todavía en Navalcarnero, comenzó las gestiones con Schatzmann para la compra de un molino de 4 rodillos tipo Daverio y un plansichter. Esa primera renovación le habría de costar 11.227 pesetas y 60 céntimos, a sumar a la renta de 7.500 pesetas que debía pagar por la fábrica.

Desde 1910 hasta 1916 se empeñó en la renovación de la fábrica de las Armas. Se trataba de un molino tradicional, de muelas de piedra, situado junto a un caudal del río Henares y junto a unas magníficas huertas. El patrón de renovación es absolutamente típico de lo que sucedía en Castilla: al principio lo transformó en un sistema mixto, con rodillos pero manteniendo las muelas, y moviendo ambos con energía hidráulica. Posteriormente pasó a usar para el trigo sólo el sistema moderno, dejando las muelas para moler yeso y minerales. Esa mentalidad de aprovechamiento de los sistemas hidráulicos tradicionales se ilustra en la gran cantidad de molinos que eran a su vez fábricas de luz. Ejemplo de ello era en Alcalá la fábrica la Esgaravita, en 1910⁶. El modo de contratación del trabajo mantenía el modelo tradicional, a maquila, contratado con productores de trigo de la comarca. En una carta fechada en julio de 1912 y enviada a Doña Castora San Martín, de Ajalvir, pide disculpas por la demora en una entrega, y lo atribuye a la escasez de aguas del estío. En cuentas de esa época estimaba el beneficio de un día de trabajo a maquila en 140 pesetas. Todos estos datos reúnen las características típicas de la producción harinera española

⁶ Primo de Rivera y Williams (1910), p 88.

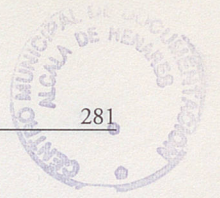
hasta la primera guerra mundial: apego a los sistemas tradicionales, sistema tradicional de contratación y producción, y dependencia de energías naturales.

Los sueños de construir una fábrica de harinas moderna comenzaron a materializarse en enero de 1916. En ese año solicitó presupuestos y tanteó terrenos en Alcalá. A semejanza de la fábrica que regentó en Navalcarnero, decidió instalar la fábrica en la proximidad de la estación de ferrocarril. Para ello compró en marzo el terreno de la antigua fábrica “Central Eléctrica Complutense”, la fábrica de luz de los Azaña, a “la Alcaláína, Sociedad Eléctrica”. El proyecto inicial del que dispuso fue para un edificio de 29 metros de fachada, 8 de fondo y nueve de altura, con dos plantas de entarimado de pino de Cuenca o Soria, con 30 huecos de ventana, según presupuesto de Patricio Fernández, de Alcalá, por un montante de 43.194 pesetas. Finalmente la construcción la realizó un constructor madrileño, Martín Lago, con un coste mucho más bajo (y calidades mejores), por un total de 22.061 pesetas y 55 céntimos.

La sorpresa de los alcaláinos por la instalación de un molino lejos del río la recuerda el diario Alcalá de 1 de enero de 1948: *“¿Cómo es posible que en el Chorrillo se instale una fábrica de harinas? ¿Es que van a desviar el río Henares?”*. Tampoco el cambio a la electricidad estuvo libre de discusión: mi abuela Juliana Real contaba que hubo quién se quejó de que no le gustaba esa harina porque el pan sabía a electricidad. La fábrica, que en los planos primeros se iba a llamar “la Alcaláína”, tuvo por nombre “la Esperanza”, absolutamente consonante con los nombres de las industrias de la época (la Aurora, la Asunción...).

El montaje de las máquinas lo hizo la empresa Daverio y Henrici en agosto de 1916, con motores eléctricos y transformadores Oerlikon, comprados a la empresa “Schindler y Behn, en comandita”. Los mismos nombres de las empresas ilustran también la dependencia exterior de la industria harinera española, que no tiene máquinas españolas hasta bien tarde⁷. En la primera semana de septiembre de 1916 la fábrica ya estaba trabajando, con seis empleados. La jornada variaba entre 9 y 12 horas diarias, 6 días a la semana, con jornales semanales que oscilaban entre las 19 y las 42 pesetas, según el cargo. Desde le principio aprovechó la proximidad del ferrocarril para hacer negocio con productores y compradores más distantes,

⁷ Sancho Sora, (1997)



principalmente de Sigüenza (Juan Riosalido) y Zaragoza (Sebastián Cañellas). También el sistema de contratación se renueva, y se olvida la maquila: se compra y almacena el trigo, y se venden directamente la harina y los salvados. Ese sistema obligó pronto a ampliar las instalaciones para disponer de silos y almacenes donde guardar la materia prima y los productos.

En los años siguientes se amplió la fábrica. Compró varias fincas colindantes al marqués de Ibarra desde 1917 hasta 1919 por un valor total de 36.063 pesetas. Sobre esos terrenos se construyeron almacenes, cocheras, un silo, un transformador, gallineros, patios y la casa familiar. Cuando en 1921 terminó de pagar las letras de todos los gastos de la fábrica lo celebró con una fiesta en el patio, con todos los empleados y sus familias. Para entonces la fábrica contaba con una maquinaria moderna, instalaciones suficientes y un emplazamiento perfecto para el comercio de la harina y el grano.

De forma consonante con sus ideas de desarrollo industrial, en 1929 envió a sus hijos Lorenzo y Nicolás a Deusto a estudiar ingeniería industrial. El segundo de ellos permaneció trabajando en la fábrica hasta su muerte, en 1980. Sergio Real fue concejal en el ayuntamiento de Alcalá en 1930, y llegó a desempeñar el cargo de alcalde en funciones por enfermedad del Alcalde presidente. Murió el 11 de noviembre de 1933, tras sufrir un accidente mientras trabajaba en su propia fábrica.

Sergio Real Hernández fue un hombre trabajador y emprendedor, profundamente ligado a una de las principales industrias de su tiempo y dotado de una mentalidad de progreso ejemplar en su época. Destacan su preocupación por el conocimiento técnico y sus ideas pioneras de enseñanza y apoyo social para su gremio. Creó una de las primeras industrias modernas de Alcalá, con la honra añadida de que ese edificio se encuentra hoy entre los 49 incluidos en el catálogo de patrimonio industrial de nuestro país. Pendiente de su declaración como Bien de Interés Cultural, y de una restauración que nunca llega, valga esta biografía de su fundador como apoyo para los datos que ayuden a la conservación de esa porción del patrimonio complutense.

BIBLIOGRAFÍA

- Estudios sobre la Exposición Universal de Barcelona Inaugurada en Mayo cerrado en 9 de Diciembre de 1888, Barcelona, Establecimiento tipográfico del Diario Mercantil, 1888.
- Germán Zubero, Luis. «Empresa y familia. Actividades empresariales de la sociedad Villarroya y Castellano en Aragón (1840-1910)», *Historia Industrial*, 1994, nº 6.
- Moreno Lázaro, Javier. «Las transformaciones tecnológicas de la industria harinera española, 1880-1913», en S. López y J. M. Valdaliso (eds.), ¿Que inventen ellos? Tecnología, empresa y cambio económico en la España contemporánea, Alianza, Madrid, 1997, pp. 213-248.
- Moreno Lázaro, Javier. La industria harinera en Castilla-León en la postguerra (1939-1952): una historia económica. Actas del 2º Congreso de Economía Regional de Castilla y León. Análisis Económicos Sectoriales: Servicios III (Transportes y Comunicaciones). Comunicaciones 3. Consejería de Economía y Hacienda, Junta de Castilla y León, León 1990.
- Primo de Rivera y Williams, José. Novísima guía ilustrada de Alcalá de Henares y su partido. Alcalá de Henares, 1910 3ª.
- Sancho Sora, Agustín. La fundición Averly de Zaragoza (1880-1930): producción y mercado de trabajo, tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 1997.
- Wenham, P. Watermills, Londres, R Hale Ltd, 1989.